



Arquitectura





ARQUITECTURA



LOS ORÍGENES

A la hora de plantear los orígenes arquitectónicos de este conjunto conventual hay que remontarse al siglo XIII, época en la que se erigirían los primeros edificios que lo componían y que, aunque en la actualidad no se conservan, podemos conocer gracias a las descripciones que realiza el padre Bravo y que recoge en su obra fray Joaquín Millán Rubio. Se trataría de una construcción impulsada directamente por la familia de Gil de Atosillo, señor de Estercuel, tras la aparición de la Virgen del Olivar.

Siguiendo esas descripciones podemos imaginar el convento con un aspecto muy diferente al actual, puesto que, además de con los espacios indispensables para desarrollar la vida de los monjes, contaba con dos claustros, situado cada uno de ellos en las actuales plazas o espacios libres existentes frente a la iglesia y frente al edificio que ahora cobija el resto de espacios del conjunto arquitectónico.

Por lo que respecta a las indicaciones del padre Bravo sobre la **cripta** del primitivo templo, fray Millán Rubio cree que no sería otra cosa que el primitivo templo del conjunto. Opinión que parece razonable, pues es muy probable que la primitiva ermita ocupara una zona más baja que las construcciones posteriores y que acabara después adoptando la función de cripta. Y es que, tratándose del lugar más sagrado del conjunto al ser el espacio que cobijaba el olivo en el que se había producido la aparición

mariana, se decidió llevar a cabo en este espacio el enterramiento de los marqueses de Cañizar. Es más, sería el lugar en el que se celebraría la comunión de los peregrinos que visitaban este santuario, hasta que en momentos posteriores este espacio se considerara insalubre y fuera remodelado.

Los restos constructivos que en la actualidad se conservan de estos momentos iniciales del monasterio son prácticamente inexistentes y se reducen al pozo ubicado frente a la entrada de la iglesia y a simples vestigios tectónicos cubiertos por las construcciones actuales.

LA CONSTRUCCIÓN DEL COMPLEJO ACTUAL

La construcción del actual convento fue decidida por fray Jaime Lorenz, oriundo de la vecina localidad de La Mata de los Olmos, quien fue nombrado comendador del Olivar en los últimos años del siglo XV. Las instalaciones conventuales que había a su llegada habían sido levantadas en el siglo XIII y reformadas en años sucesivos. Sin embargo, las pequeñas dimensiones de la iglesia y el período de naciente esplendor que empezaba a vivir la comunidad mercedaria de Estercuel llevaron al fraile a levantar un nuevo templo más amplio, cuya edificación se organizó en tres períodos consecutivos. La primera de estas fases se inició en 1512, bajo el impulso de Lorenz, con el arranque de las obras de construcción del tramo habido entre la **cabecera** y el **púlpito** de la iglesia. Entre 1547 y 1561 se desarrolló la segunda fase,

— Claustro bajo.



_Restos mudéjares en el exterior del ábside de la iglesia. Cúpula sobre pechinas del claustro. Crujías del claustro. Patio del claustro.

correspondiente al mandato del comendador fray Pedro Xalón, que abarcó desde el púlpito hasta los pies de la iglesia, poniendo prácticamente fin a las obras del templo, a falta de lo realizado por el padre Juan Durango, al que se debe la última actuación, con la edificación del atrio a finales del siglo XVI.

Estas dos fases promovidas por Lorenz y Xalón se evidencian en el aspecto exterior del templo, concretamente en el material constructivo empleado, pues mientras en la cabecera se utilizó el ladrillo, en el cuerpo de naves es de mampuesto el muro y de sillares bien trabajados los **contrafuertes**. Así mismo, la calidad artística es bien distinta entre una y otra zona al contrastar la belleza del trabajo **mudéjar** del ladrillo visible en la cabecera y sus contrafuertes con la rudeza de la piedra desnuda e irregular del resto del edificio.

Durante la época de construcción del templo las obras acometidas en el resto del convento se limitaron a la reorganización espacial del mismo para obtener un mejor provecho de las instalaciones y la construcción en el lado norte de la iglesia, a iniciativa del padre Durango, de un refectorio, de un noviciado y de una edificación que rodeaba el ábside; el complejo religioso mostraba así una iglesia bella y amplia, que contrastaba con lo desfasado del resto del conjunto. El momento de su renovación no llegó hasta 1627, un siglo más tarde, dentro de un contexto muy especial, caracterizado por el gran auge que venía experimentando el culto a la Virgen del Olivar y que se evidenciaba en las multitudinarias romerías y en la cantidad de testimonios que hablaban de milagros atribuidos a la Virgen; a todo ello, se sumaba el período de bonanza económica que vivía el monasterio y la presencia de fray Juan Cebrián como comendador desde 1615, que fue quien impulsó la construcción del nuevo cenobio. Cebrián, como ya se ha dicho, fue una figura esencial para el Olivar, puesto que su privilegiada posición sin duda determinó el período de esplendor vivido por la comunidad estercuelina durante el siglo XVII y que tuvo su mejor manifestación en la construcción del nuevo edificio en el breve período de tiempo comprendido entre 1627 y 1632.

Si el convento primitivo se situaba al norte de la iglesia, la construcción de las futuras dependencias se proyectó en el lado sur de la misma, en un emplazamiento más saludable al estar bien soleado y aireado, de forma que las obras no interrumpieran la vida conventual. El único inconveniente era la irregularidad del terreno, por lo cual fue necesario nivelar la superficie mediante su allanamiento, aprovechando al mismo tiempo el desnivel para la construcción de despensas y bodegas. En tan solo seis años, la comunidad disfrutaba de un nuevo edificio que combinaba belleza y funcionalidad y reflejaba los momentos de prosperidad que vivía. En la planta baja, estructurada alrededor del claustro, se situaban el **vestíbulo**, el **zaguán**, la sala *de profundis*, el refectorio y la sala capitular, todo lo cual ha llegado a la actualidad sin apenas cambios. Desde la gran escalera situada en el claustro se accedía al piso superior que, tal y como recoge fray Joaquín Millán Rubio, estaba integrado por cuatro espacios: “Las espaciosas **celdas** con ventanas al exterior (cada una con salón, estudio, alcoba y desván), un claustro interno iluminado por cuatro ventanas colocadas en los cuatro extremos, una hilera de habitaciones para los hermanos legos con ventanas interiores, una galería recayente a la luna a través de las veinticuatro **ventanas geminadas** y que comunicaba con el pasillo central por cuatro puertas abiertas en los ángulos”.

El traslado de los frailes no supuso el derribo del antiguo inmueble, que se mantuvo como noviciado hasta el siglo XX, desempeñando además a lo largo de los años diversas funciones, entre las que se incluyeron la de establo o almacén de grano.

Salvo pequeñas excepciones, las empresas constructivas iniciadas en el monasterio se paralizaron en el siglo XVII para no ser retomadas hasta finales del siglo XIX. Desde entonces, el edificio ha sido objeto de diversas tareas de restauración, con las que se ha pretendido subsanar los daños provocados por el paso del tiempo. La primera de las intervenciones se inició a finales del XIX para solventar las consecuencias dejadas en el edificio por los cuarenta años de abandono provocados por la desamor-

tización, siguiéndole en el siglo XX otras tareas de adecuación, de escasa relevancia hasta la llegada de la década de los setenta.

Es en estos años cuando arranca la última fase importante de obras, que se prolonga hasta casi la actualidad, por la sucesión en este tiempo de diversas labores de mejora con las que se ha devuelto el esplendor al monasterio. Lo que en 1975 comenzó como una reforma de la techumbre terminó ampliándose, arreglando las fachadas y derribando el antiguo edificio anejo al lado norte del templo. Aunque supuso la pérdida de una de las construcciones más antiguas del monasterio, su demolición permitió dejar a la vista la bella cabecera mudéjar, que había permanecido oculta durante siglos, y restituir la iluminación natural en el interior de la iglesia al quedar libres las ventanas, hasta entonces cerradas por la presencia de este anexo.

Fue en agosto de 1986 cuando, bajo la dirección del arquitecto José Fernando Murrúa, dio comienzo la gran labor restauradora financiada por el Ayuntamiento de Estercuel, la DGA y la Orden de la Merced, con la que el monasterio adquirió el aspecto que hoy presenta. Se derribó una parte sustancial del inmueble, que incluía “toda el ala del edificio que mira hacia el huerto, desde la escalera, hacia la derecha, hasta la pared de la cocina, desde la pared de la luna al muro de la calle”. Entre todas las labores realizadas en esta larga restauración, que se prolonga hasta los noventa, sobresale la reforma del techo del refectorio, de la gran escalera, de la fachada del monasterio, la sustitución de la **solería** de la planta baja en su totalidad y la construcción de nuevas habitaciones dedicadas a los miembros de la comunidad. Los frailes mercenarios recibían un edificio completamente renovado, adaptado a las necesidades de la vida actual, pero quizá demasiado grande para una comunidad que comenzaba a ser muy pequeña. Con la intención de aprovechar el amplio espacio disponible y mantener la vida en el edificio, los frailes sugirieron la posibilidad de alojar una hospedería destinada al retiro temporal de aquellos ciudadanos que buscaban un momento de calma. La propuesta fue aprobada, incorporando, así, a la

vida conventual un uso de carácter **secular** en el que se apoya parte de la esperanza de vida de esta comunidad.

LA PLANTA DEL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DEL OLIVAR

El aspecto que muestra actualmente la planta del monasterio es el resultado final de una serie de fases constructivas y restauraciones de los diversos espacios que lo configuran ya desde el inicio de su historia. Algunas construcciones han sustituido a otras anteriores y se emplazan en la actualidad en otros lugares o con otra disposición distinta a la que podían mostrar en el siglo XIV o XV. Así ocurrió, por ejemplo, con la primitiva ermita en la que se veneraba la imagen de la Virgen del Olivar, que se vio sustituida por una pequeña iglesia, en el lugar y con la orientación que tiene el actual templo.

Por el contrario, la vivienda de los religiosos en origen se presentaba frente a la iglesia, alrededor del aljibe o pozo de agua que aún se conserva en la actualidad, y vio modificado su emplazamiento posteriormente, situándose como un anexo a la iglesia por su lado sur. De este modo se iría perfilando la imagen actual del convento, que, como suele ocurrir en la disposición de la mayoría de los edificios monásticos y conventuales dentro de la religión cristiana, toma como núcleo esencial el claustro con su patio interior y no el templo, pese a la evidente importancia del mismo. La mayor parte de los espacios que conforman dicho conjunto conventual se construyó en los siglos XVI y XVII, aunque hasta la actualidad se ha ido restaurando y acondicionando para uso y necesidades de los frailes.

Así pues, el claustro resulta el principal elemento articulador de la vida conventual de los monjes, un claustro que en la actualidad está cerrado al jardín exterior, pero que en origen lo más probable es que contara con una serie de arcos abiertos. Es un espacio cubierto por una combinación de **bóvedas de medio cañón** con **lunetos** para los tramos de las alas y **bóvedas vaídas** sobre **pechinas** para los cuatro ángulos de este espacio. Los arcos que componen dichos tramos de **bóvedas** y **cúpulas** se ven

sustentados por numerosos pilares fasciculados, que recorren las cuatro alas de este claustro. Además, todos estos elementos de cubrición se decoran con un gran número de flores en relieve, que ornamentan la techumbre completa de este claustro.

En el ala oeste se dispone la entrada al conjunto, a la que sigue una recepción y algunos espacios que en la actualidad se han utilizado como servicios de baños y recibidor de los huéspedes que deciden pasar unos días disfrutando de la tranquilidad del convento. El acceso desde el exterior del conjunto al claustro –y, por tanto, al resto de dependencias– se realiza mediante una puerta de acceso situada en esta entrada-recibidor.

Prosiguiendo el recorrido por el edificio, el visitante encuentra en el ala sur la escalera de acceso al claustro superior y la sala capitular en disposición longitudinal.

El ala este se ve ocupada por la sala *de profundis* y el refectorio a continuación, del que podemos destacar su correspondiente púlpito para la lectura realizada durante las comidas. Ambos espacios comunican con las cocinas y otro pequeño comedor de dimensiones más reducidas y más cálido. También en esta ala está la sacristía de la iglesia, que ocupa toda el ala norte del claustro y tiene su correspondiente acceso directo desde el mismo.

La iglesia tiene comunicación con el espacio conventual, pero al mismo tiempo actúa también como ente organizador de otros espacios, tal y como indica su entrada propia y particular desde el exterior. Alrededor de su cabecera se sitúan la sacristía, el acceso al camarín de la Virgen y el cementerio de los frailes más destacados del monasterio. Otros espacios secundarios, como pueden ser la lavandería y la mantería, se han ubicado tras la cabecera.

Por lo tanto, tras transitar por los diferentes espacios de dicho monasterio, el visitante puede observar efectivamente que se trata de un conjunto arquitectónico que sigue los habituales patrones propios de la tipología arquitectónica de un monasterio y que proporcionan al conjunto regularidad, funcionalidad y comodidad en su recorrido.



Escalera de acceso al claustro alto cubierta por una cúpula con pechinas.